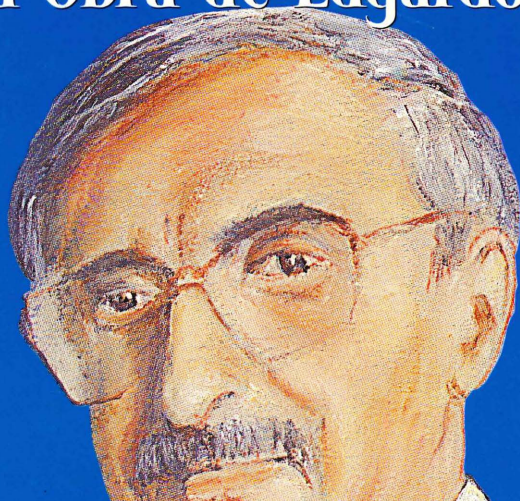


# DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

## La Obra de Edgardo Rivera Martínez



### Capítulo 16



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

*Cubierta:* Dixie Ann Márquez y Michael Steele

*De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.*

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.  
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

*Derechos reservados*

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## **EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ O LA ATENCIÓN RIGUROSA**

Alfredo Bryce Echenique

Con ardorosa paciencia, con extraña meticulosidad, Edgardo Rivera Martínez va construyendo su obra literaria. Los relatos de este volumen confirman y ahondan, además, un estilo personal, una manera particular y muy propia de enfrentar a aquel gran amigo y enemigo del escritor que es la realidad. Las características de relatos anteriores retornan en “El visitante” y en “Ciudad de fuego”, pero en este caso nos hallamos ante un desafío más sutil a esa realidad, como si el autor la hubiese abordado esta vez con mayor audacia, y sobre todo con una enorme malicia. Esta malicia puede llevar a estupendos resultados cuando se trata de crear una obra cuyo interés mayor es el de iluminar emotivamente regiones muy recónditas del hombre, regiones en que se es también todo aquello que no llegamos a ser en nuestras vidas: nuestros sueños, aquello que precede a la frustración, o la simple confrontación reveladora que suele surgir del fugaz encuentro con otros seres.

“Enunciación” es el primero de los tres textos que incluye este volumen. Rivera Martínez vuelve, aunque con variantes temáticas, a relatos publicados anteriormente, como “Amaru”. Nuevamente estamos ante una intimidad que se estudia desde diversos ángulos, desde diversas entradas y puntos de vista. Los referentes concretos, fácilmente reconocibles, brillan por su ausencia en el texto, en el que el autor se interna en los matices del dictum, y que a menudo se nos presenta

como una variante más de la soledad. Dos voces se alternan en el discurso, para establecer una dialéctica más que nada tonal, en la que el lector podrá fácilmente intuir otras finalidades e implicaciones. Caminos sutiles, voces apenas audibles, interrogaciones que no se cierran, puertas entreabiertas, lenguaje que fluctúa entre la abstracción y lo sensitivo: todo le será útil al autor en la recreación de una atmósfera que apunta al exorcismo, al “conjuro del no-decir”.

“Ciudad de fuego” revela la misma manera definitiva de trabajar con un estilo muy personal, sin concesiones, sin vacilaciones. La fidelidad con que Rivera Martínez se enfrenta a su temperamento creador salta nuevamente a la vista, en el recorrido intenso y febril del camino de una utopía que, al final, desembocará en la “imposible ciudad de fuego”. Media hora le toma al “protagonista-oyente” reconstituir la historia que empieza más de veinte años atrás, en el dominio jamás abandonado de la infancia, al cual se irán superponiendo las etapas de una vida que transcurre entre la frustración y su superación posterior, entre el descubrimiento y su exacta valoración, entre el desencanto y la utopía remediadora. Un hombre acechado por una ciudad que le es inhóspita (Lima, muy nítidamente descrita, por momentos), y un pasado andino que es, casi paradójicamente, fuente de mayor cantidad de pasado pero ya no definidora de futuro; un hombre acechado por los encantos que la cultura despierta en su imaginación dolorosa y febril; un autodidacta que no se resigna a las satisfacciones de la cultura fría, ni a la soledad con que da sus pasos en la ciudad real.

Rivera Martínez ha construido cuidadosamente su relato. Nuevamente la suma de detalles, la prolijidad en la cronología del recuento, hacen progresar la acción mucho más que los acontecimientos en sí. Lo importante es el recorrido de un alma consciente de su soledad definitiva y empeñada en el proyecto utópico que irrigará las venas de ese aislamiento. Con excepción de la madre, desaparecida cuando el proyecto estaba aún en sus comienzos, cuando era visión, más que gestación, el trato con la gente se resuelve dentro de un ritual irónico, que roza apenas el trato verdadero. Los gestos exteriores no son importantes (no lo son tampoco en “El visitante”, cuando se trata de gestos de cor-

tesía), porque es de importancia mucho mayor lo que va viviendo por dentro. Personaje sin nombre, y sin embargo tan descrito por los demás. Personaje que se nutre de experiencias pasadas, muy unidas a un destino material, a problemas concretos que dejan huellas y frustran esperanzas, pero nuevamente (y más que en “El visitante”), personaje cuya evolución interior es la que predomina a lo largo de un relato que opta, desde el comienzo, por el monólogo. De él se sirve Rivera Martínez para narrar, y dentro de él se ordenan también para el personaje los etapas, ya transcurridas, de la evolución que lo llevará hasta su propio desenlace y definición, por el camino que lo enfrenta a la imposible ciudad de fuego.

La acción en “El visitante”, es casi exclusivamente interior. Un movimiento de almas que recorren caminos, pero no de la oscuridad a la luz, o viceversa, sino más bien de un claro-oscuro a otro. No hay ni gran fracaso ni gran triunfo. Nada cambia en la vida exterior de tres personajes que una pregunta y el invierno de un malecón ponen en relación por unos días. El visitante, el forastero, penetra la intimidad de una pareja, de dos soledades que se acompañan, llevadas más por un entendimiento y una consideración amistosa, que por la pasión amorosa. Allí surge el relato de Rivera Martínez, allí empieza a crearse la atmósfera propicia a la sutileza con que el autor trata sus materiales, y allí entra magistralmente en juego su gran capacidad para sugerir diversos caminos entreabiertos en la realidad, mediante una serie de puntos de vista cuya agudeza y refinamiento recuerdan a Henry James. Tratar de encontrar una salida única a este relato sería privarlo de su mayor riqueza, sería pasar por alto el tan logrado afán del autor de irlo bifurcando todo a lo largo de ese “enfrentamiento de dos conciencias empeñadas ambas en contrapuestas de desciframiento”, cuando del visitante y de Fernando se trata. Y que Lena, la esposa de Fernando, acierte alguna vez al imaginar que la soledad del visitante “es efecto de una elección irrevocable” (lo dice el visitante de sí mismo: “la elección de una propia y permanente soledad”), no es tampoco la clave de un relato en el que la tentativa de desciframiento del otro, el intento de penetrar la alteridad, resultan al mismo tiempo la forma más aguda de revelación de cambios personales, de un movimiento continuo provocado por

la presencia del extranjero en el frío malecón, que parece llevar la acción siempre un poco más allá de donde creíamos haberla dejado. La clave del relato parece ser, al final, su propia riqueza sugestiva, las muchas lecturas paralelas que nos acompañan y acechan desde la primera lectura. Y no me atrevería a decir cuál, entre todas las tramas que he intuído en "El visitante", captó más mi interés. La intuición de las demás riquezas en él contenidas se apagaría en la elección.

Sé hasta qué punto tratar de explicar los relatos de Edgardo Rivera Martínez sería atentar contra su riqueza, sería casi resumir hechos que no son más que puntos de partida para un conocimiento que depende de la emoción y no de la simple enunciación. He tratado, en cambio, de llamar en algo la atención sobre lo que de novedoso y personal hay en ellos: sobre la sutileza y el rigor con que se construyen. Cocteau dijo en alguna oportunidad que vivimos en una época de inatención. Si a ello agregamos que vivimos también en una época de modas y pasajeras fiebres, comprenderemos el valor de una obra que se detiene obstinadamente en la observación del ser humano, que no abdica ante nada en su afán de penetrar lo que de permanente, atractivo y misterioso habrá siempre en él, y que lo hace de la única manera honesta en que se puede escribir; respetando al escritor que se es.

[Prefacio a *Enunciación*, Lima: Editora Lasontay, 1979]